

## **“Le Miserable”**

**Autor: Manolo Campa**

Con el mayor respeto, utilizo en singular, el título de la famosa novela de Víctor Hugo: “Les Miserables”. En su obra, el ilustre literato francés narra la historia de seres humanos que tratan de sobreponerse a las circunstancias más terribles de la vida.

Estuve en Francia. En este relato “autobiográfico” les contaré las angustias y enredos de un turista en la tierra donde toda la comunicación se hace en francés: los letreros, los nombres de las calles y las instrucciones para no perderse están escritos en esa lengua.

No soy entusiasta de la aviación. Sostengo que las alturas son para las aves... y el cielo es el espacio para las nubes y el arco iris. Padezco de mieditis a los aviones.

Desde que nuestro hijo menor nos invitó y se ofreció a acompañarnos en el viaje, busqué mil pretextos para quedarme en tierra. Fui convencido con razones contundentes que enlazaban lo económico con el valor y la hombría.

Si bien eran ciertas las ventajas económicas en el costo de los pasajes por trabajar nuestro hijo para una compañía de aviación, los gastos imprevistos fueron surgiendo con el mismo desagrado que producen los pelos que aparecen en la sopa.

Las mañanas en París durante los primeros días del mes de mayo son frías. Necesitaba un abrigo. Me habían prestado uno que no estaba de acuerdo con mi “gallarda” figura... me llegaba hasta los tobillos... parecía ser el gabán corto de un cosaco alto.

Después de un vuelo “formidable”, según mi esposa y mi hijo, llegamos a París. Impresionante por su belleza y su arte, por sus lugares llenos de historia, por la limpieza, por el bullicio y la aglomeración de transeúntes y automóviles.

Pero... me sentía “miserable”. No entendía lo que me decían ni lo que estaba escrito. Todos los lugares para comer daban la sensación de ser lugares caros porque el menú estaba escrito en francés... no sabía lo que ordenaba a la hora de comer... todo por sencillo que fuera venía presentado con ese típico exquisito estilo culinario galo.

Tres días estuvo nuestro hijo con nosotros. Nos acompañó a algunos lugares históricos y nos enseñó a utilizar el Metro para que nos pudiéramos mover con facilidad dentro de la gran ciudad.

El mapa de París era nuestro documento de consulta más apreciado y utilizado... nos indicaba donde estábamos, a dónde queríamos llegar y a dónde habíamos llegado... casi siempre donde no habíamos planeado llegar. Sabíamos con toda certeza de donde salíamos... no sabíamos nunca a donde llegábamos.

El domingo oímos misa en la Catedral de "Notre Dame". Me quedé dormido durante el largo sermón en francés, que unido a la penumbra y a la temperatura fría favorecían el sueño.

Paseamos por las orillas del Sena. Admiramos sus artísticos puentes. Lo recorrimos en uno de los botes que llevan a los turistas desde la Catedral hasta la réplica de la Estatua de la Libertad.

Subimos hasta lo más alto de la Torre "Infiel", en francés Eiffel. Nuestro hotel estaba a dos cuadras de la Universidad de la "Soplona", en francés La Sorborne.

En la bella "ciudad de las luces" todo cuesta... hasta la entrada a los inodoros públicos donde se pagan dos francos para ser admitido. Descubrí, después de haber pagado por varias visitas, que en los restaurantes americanos, siempre abarrotados de gente joven, la admisión a los "water closets" es gratis.

Como estaba previsto, a los cinco días de nuestra llegada nos encontramos con un amigo de Miami y su esposa. Este distinguido personaje sabe cuatro palabras en francés y es lo suficientemente audaz para manejar por Francia.

Alquilamos un automóvil y salimos a ver castillos por el valle del Río Loira. Mi buen amigo preparaba con mi esposa, (ella se cree navegante y no puede determinar dónde está el norte en un mapa) el recorrido del día, y al salir y doblar en la primera esquina... ya estábamos perdidos. Una vez salimos dispuestos a ver un castillo medieval y llegamos sin problemas... a una Pagoda China.

Tengo que reconocer que gracias a las cuatro palabras que habla en francés mi amigo y al inglés que hablan los policías franceses, siempre encontrábamos los lugares que queríamos visitar.

La gran satisfacción de este viaje en grata compañía la recibí... les cuento: El empleado inglés de la compañía americana donde alquilamos el automóvil alemán para recorrer la campiña francesa, se dirigía a mí llamándome "monsieur", y cuando se refería mi amigo, lo trataba de "garzon".

Evidentemente, mi porte distinguido se notaba por encima de los pantalones de mecánico, los zapatos "tennis" y el "sweater" viejo y raído que vestía. Durante dos días, hasta que fui amonestado por mi mujer, me dirigía a mi amigo llamándole, burlonamente, "garzon".

Gracias a la compañía de esta pareja de buenos amigos, lo que empezó siendo una aventura "miserable" se transformó en una serie de experiencias "magnifiques".